

6.2
02 23

150

L. PÉREZ BUENO

ARTISTAS
LEVANTINOS

PRÓLOGO

DE

J. MARTÍNEZ RUÍZ



MADRID

ILLERÍA



CAM

**Caja de Ahorros
del Mediterráneo**

**Fundación Cultural
Biblioteca**

Reg. 75272

Mat. 929 Artistas
(460.315)

Sig. 959-803-55

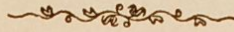
Mod. 9408

Artistas Levantinos

NO SE VENDE

L. PÉREZ BUENO

Artistas Levantinos



PRÓLOGO

DE

J. MARTÍNEZ RUÍZ



MADRID

IMPRENTA DEL CUERPO DE ARTILLERÍA

San Lorenzo, 5, bajo.

1899

Biblioteca GABRIEL MIRÓ

PRÓLOGO

— « La pierna izquierda en flexión..... así..... La punta del florete mirando á los ojos del contrario..... »

Y Pérez Bueno, el fino acero en la mano, va marcando con el ejemplo la palabra.

Todas las tardes, al caer el sol, en amplio patio levantino, bajo el toldo verde de una parra, — la lección de esgrima. Así conoció el prologuista al autor del libro.

Pérez Bueno es de la noble y grande raza de los hombres-niños. Se entrega desde el primer momento, y concede con su amistad el corazón entero. Hombre culto, desprendido, magnánimo, su es-

píritu forma entre aquellos que el sin par Montaigne llamó *almas bellas, almas universales*, « *ouvertes et prestes á tout, si non instruíctes, au moins instruisables* ». No hay en su cerebro prejuicios ni en su trato reservas. Yo no sé si el libro que hoy publica es de los que la crítica honra; yo no quiero decirlo. Respondo, sí, del hombre; respondo del amigo. Sujeto es el de su obra loable por extremo, porque ningunos pintores tan modestos como los levantinos, ni ninguna tierra tan propicia á este noble arte como la alicantina.

Nous sommes en Afrique, dice un distinguido viajero hablando de Alicante. Y es verdad, porque es paisaje africano aquel paisaje, y es panorama aquél de tal majestad severa y grandeza, que trae al ánimo la España de los valerosos capitanes y levantados poetas.....

Alrededor de Lucentum, campos pelados, amarillentos, cubiertos de rastrojos, abierta la tierra por el arado, despedaza-

da en enormes terrones, desnuda de árboles..... De tiempo en tiempo un almen-
dro retorcido y costroso, una copuda hi-
guera, una palma solitaria que balancea
en la lejanía del horizonte sus corvas ra-
mas. Después, pasadas las cercanías de
la ciudad, dejado atrás el desierto de ban-
cales aterronados — grandes manchas de
viñedos, bosques de algarrobos, el ejér-
cito gris de los olivos perennales. Y casas
rojizas, lienzos de pared tostados por el
sol, agujereados por ventanas disminu-
tas..... á la puerta un carro que eleva en
el diáfano azul sus varaes, y en la mu-
ralla, contrastando con el verde de las
albahacas que adornan los huecos, largas
rastras de encendidos pimientos..... Más
arriba, perdida ya la franja blanca del
mar, enormes moles azules, complicada
malla de montañas, la formidable cordi-
llera de Salinas, aledaño de la provincia,
con sus estribaciones, ramas, cruzamien-
tos, oteros, hijuelas mil que de la alta

madre se desgajan y forman barrancos al abismo, recuestos de sembrado, planos de viñas, cuyo oleaje de pámpanos desborda de los blancos ribazos escalonados y baja saltando, como cascada bulliciosa, hasta morir mansamente en las orillas de la laguna..... ¡Plena montaña levantina! En el fondo del inmenso collado, el lago blanco y sereno, bordeado de juncares, retratando en sus aguas grupos de álamos enhiestos, tupidos olmos, casas de labor con sus chimeneas humeantes, sus anchos corrales, sus dilatadas bodegas. Y por todas partes el empinado muro de las montañas, grises, verdinegras, zarcas las lejanas; en una ladera un pueblecillo microscópico, y á lo lejos, perdido en el horizonte, asomando por una garganta de piedra, el triángulo rojizo de un castillo moruno que luce á los postreros rayos del sol como un grano de oro.....



ARTISTAS LEVANTINOS es obra meritoria. Plácemes merece su autor, hombre de corazón y doctrina, docto en la pluma y elegante en la espada.

J. Martínez Ruiz.



ADVERTENCIA

Los que en el presente libro se examinan, son todos artistas de tierra de Levante. Nunca sintieron el ansia de la vida cortesana, ni sus nombres, aun el del maestro común á todos ellos, el insigne Casanova, han sido pregonados por la fama. Viven retirados y dichosos con pintar y esculpir á su albedrío. Estimúlales la belleza, que tratan de trasladar á sus obras, no la codicia del aplauso frívolo ó el interés.

El autor ha creído una obra de justicia el dedicarles unas líneas. Tal como han salido de su pluma van á continuación: sirva de excusa el propósito á los medios, que harto pesar es el suyo en no poder rendir mayor tributo á sujetos en quienes por modo tan eminente se juntan el entendimiento y la modestia.



LORENZO CASANOVA

Si algo se hace en Alicante de Arte es debido únicamente á la Academia que dirige el ilustre Casanova. De no haberse retirado el maestro fijando su residencia en esa ciudad, todo el plantel de aficionados, con más ó menos aptitudes, hubiera muerto en flor. Sus obras, en lugar de figurar en certámenes y exposiciones, estarían á esta fecha luciendo en casas de parientes y amigos. Por eso el primer saludo de admiración y respeto es para el que trajo las gallinas : para el maestro.

La turbamulta de *amateurs* quizás tenga olvidado su nombre. Los que hoy marchan á la cabeza del arte pictórico español, sus compañeros de academias y es-

tudios, que compartieron penas y alegrías de juveniles años, todos lo recordarán con cariño y respeto. Saben lo que vale.

Cuéntase que estando el gran Rosales dando las últimas pinceladas á su inmortal obra *El testamento*, alguno de los artistas que allí se encontraban, compendiando las frases de admiración y entusiasmo de todos, hubo de decir: *No se puede hacer más, señores. ¡Hay que romper las paletas!* Oyó estas palabras Rosales, y volviéndose con lentitud contestó: *Ahora no, pero habrá que romperlas cuando ese chico quiera pintar.* Y diciendo esto, señalaba á Lorenzo Casanova, que, con modestia, trataba de ocultarse tras otros compañeros. Hermosas palabras en boca de tan gran artista.

Casanova es un pintor completo. Tiene estilo propio: pocos lo logran. No ha producido obras con esa fecundidad que admiramos en muchos maestros antiguos y algunos modernos, pero las que ha ejecutado llevan el indiscutible sello de su personalidad.

¿Dónde están sus obras? Ni él mismo tal vez lo sepa. Diseminadas en las colecciones de los potentados extranjeros. En España han quedado pocas, muy pocas. Alcoy, su pueblo natal, cuenta algunas, entre ellas un *San Francisco* que es una verdadera joya de la pintura moderna. En Alicante ocho ó diez cuadros de caballete.

Sus acuarelas han tenido justa fama. Producía una en cada sesión, reunía centenares de ellas y luego..... las vendía allá en Roma al primer mercader de gloria ajena por un puñado de liras. ¿Que éste las revendía con ganancia fabulosa? Bueno, ¿y qué? En algo se ha de diferenciar el genio del arte del mercantilismo artístico.

— Pero, maestro — le he interrogado alguna vez, — ¿no conserva Vd. algunos dibujos, apuntes, bocetos?

— No, porque todos se los llevaron los amigos.

Y lo decía con una sencillez encantadora.

Es el noble desinterés del que sólo aspira al arte por el arte.

Un observador nota pronto en Casanova algo excepcional que infunde admiración y respeto al propio tiempo. De pequeño cuerpo, continuamente combatido por las enfermedades, parece que toda la vitalidad se ha recluso en el cerebro. La cabeza hermosa, determinada por enérgicos rasgos; los ojos grandes y de mirar profundo. Todo revela un artista poeta, un soñador.

Ama al Greco, y el Greco á buen seguro que no hubiera tenido mejor modelo que él para hacer uno de esos retratos que todos admiramos y muy pocos logran comprender. Es un genio que siente la simpática atracción de otro genio.

Lo ha *vivido* y por eso lo ama, lamentando sinceramente que no sea conocido y apreciado en el extranjero tanto como él merece.

Casanova es un erudito de gran competencia en materias artísticas y literarias. Avalora lo que sabe con su pasión favo-

rita: la lectura. Al año pintará un mes; los once restantes se los pasa leyendo cuanto de notable se publica en Francia y en España.

Por lo general es hombre de pocas palabras. Sus correcciones á los discípulos de la Academia no pueden ser más breves. Una frase dicha en tono sosegado y con dulzura es una lección que hay que guardar cual oro en paño y no olvidarla nunca. Son palabras que pesan por la exactitud del juicio.

Le estoy viendo, con el cigarrillo en la boca (fumador sempiterno), un poco inclinada la cabeza hacia adelante y el paso muy menudo, entrar en el estudio y saludarnos con una sonrisa en la que se descubre el sello del sufrimiento. Aun atormentado por las dolencias, siempre bondadoso y cumplido caballero, sabe encubrir las con la máscara de la resignación.

El dibujo: ese es su tema. No hay artista completo sin la cualidad de buen dibujante. «Dibujad», dice, «con cualquier cosa: carbón, lápiz, pincel; pero mucho

ejercicio. Acostumbrad la vista á medir el modelo; abarcadlo en conjunto y detalle. El color que no preocupe; vendrá luego insensiblemente. Lo primero de todo es que el artista haga del órgano visual una verdadera *cámara obscura*.»

Tiene mucha razón el maestro: en España no faltan coloristas. Parece que el sentimiento del color es condición innata en nuestros pintores. Pero en cambio, ¡cuántas obras se hunden por graves defectos en el dibujo! Pecamos en la perspectiva lineal y aérea. La crítica extranjera nos lo ha señalado muchas veces. Allí, que no pueden existir prejuicios y que las recomendaciones llegan muy debilitadas, nos lo dicen con entera franqueza. El consejo es bueno y hay que aprovecharlo.

Aunque poco, Casanova predica con el ejemplo. Cualquiera de sus cuadros de caballete es obra maestra. El asunto más sencillo, una escena íntima del hogar: la madre que juguetea con su niño ó le enseña á dar los primeros pasos; cual-

quiera de estos motivos le bastan para hacer en un trozo de lienzo un poema lleno de gracia, sentimiento y fantasía. El *toque* es justo y delicado y el *tono* es suyo. Es Casanova; no cabe confundirlo. Tan personal como el de Rembrant ó Velázquez.

El día que goza de salud, pocos al año por desgracia, hay que oírle disertar sobre cualquier punto de Arte. Se pone grandilocuente; la voz sale firme y sonora; todo su ser parece que se agiganta.

— Italia — nos dice, — Miguel Angel, Rafael de Urbino..... dos inmortales. En el arte son estrellas de primera magnitud. Sus frescos del Vaticano no tienen rival en el mundo. Obras colosales que parecen concebidas por dioses y ejecutadas por el Genio del Arte. A Miguel Angel nadie lo ha superado como escultor. Rafael llega á producir arrobamiento con sus obras pictóricas; dibujando nadie ha logrado alcanzar su exquisita corrección.

— Maestro, ¿y nuestros pintores Ribera, Velázquez?.....

— ¡Ah, Ribera!.... Horas enteras tengo pasadas contemplando sus obras en el Museo del Prado. ¡Qué entonación y qué vigor! Aquellas cabezas, aquellos trozos de desnudo son luminosos, tan enérgicos que el mismo natural palidece si se le compara. Razón tiene Viardot al afirmar que jamás se ha reproducido el natural con más energía de pincel y más fuerza de ejecución. Si alguna vez intentáis copiar un Ribera, estudiadlo antes mucho. Hubo un artista que era notable por las grandes facultades que tenía para asimilarse todos los estilos. Cuando él quería era un Rubens; pero Ribera se le resistió siempre. Hay cosas inimitables.

La pintura más exenta de convencionalismo, la verdad en el Arte, es la obra del sobrio y gran Velázquez. Su inmenso talento se refleja en la sencillez con que aparentan estar ejecutadas sus obras. Pero ir colocando al lado de *Los Borrachos* ó *Las Meninas* muchos de los cuadros que juzgáis como buenos, y de seguro que se caen. Es que no pueden sostenerse á la

misma altura; hay que colocarlos más abajo.

Cualquiera de los retratos que de Felipe IV pintó Velázquez, si lo examináis detenidamente, os enseñarán más que cuanto pudieran deciros de ese Rey los historiadores de la época.

Á últimos del siglo pasado aparece Goya grande y robusto en medio de la decadencia del arte pictórico. Como hombre era un carácter; como pintor es un realista excepcional. Es un Quevedo pintando. La sátira y la ironía rebosan en sus obras. Lo convencional le molesta, le fastidia. Las escenas grotescas de la vida real le agradan. Sus retratos son admirables. Hay cabeza en nuestro Museo pintada con tal maestría, que ella sólo bastará para darle nombre imperecedero.

En nuestro siglo, Fortuny es el más conocido y apreciado de nuestros artistas modernos. Á un exquisito gusto y delicada observación unid una ejecución brillante y sólida, y apenas formaréis idea de las maravillas que creó.

Rosales es un gran maestro; es sencillo y sobrio como un Velázquez. Estudiadlo, y os enseñará mucho.

No; el arte español no está en decadencia, como algunos creen. Se trabaja con fé, hay buenos maestros de gran talento y no menor erudición; y entre los jóvenes algunos se destacan con vigor: Sorolla, por ejemplo. ¿Quién sabe?..... ¿Quién sabe?.....

Calla, nos ofrece un cigarrillo, enciende el suyo, nos saluda, y despacio, con lento paso, se retira á su estudio.

Allí, sentado en un sillón, delante del caballete que sustenta el cuadro que empezara ha tiempo, da unas chupadas al cigarro, y, adormecido, vé cómo se desvanecen los extraños giros que traza en el espacio el humo.

Piensa ó sueña. Es un artista, es un poeta, es un sabio.



LORENZO PERICÁS

El camino del arte es escabroso. Defenderse de las necesidades de la vida con el trabajo sin descanso del que ha de conseguir el pan cotidiano; rendir al propio tiempo culto ferviente á la religión del Arte, cosas son que, si no logran destruir la voluntad, llegan á enfriar el espíritu. El artista, como el mártir, lucha, si es preciso, hasta morir por el ideal. Persigue la fama, y ésta, desdeñosa y adusta, huye y se desvanece como una ficción, como un sueño. Feliz mortal será si con la constancia logra escalar su morada. Allí la encontrará sonriente y placentera, trocada la esquivez en amor, y desde aquel momento será la madre cariñosa que pro-

clamará por todas partes el nombre de su hijo, hasta lograr para él la inmortalidad.

Decir que Lorenzo Pericás no ha luchado y lucha, tanto valdría como negar la verdad y quitarle la condición de artista. Su constitución robusta parece dispuesta para reñir desde la infancia la batalla de la vida. Luchador tenaz, á su propio esfuerzo debe su estimación en el arte. La mirada, inteligente y brillante, acusa los destellos de un cerebro que sabe pensar ideas que son traducidas en el lienzo en bellas notas de color. Así es Pericás: hay que verlo en su *estudio*, delante del caballete, nervioso, excitado. Todo su ser se agita movido á impulso de algo que bien pudiera llamarse fiebre artística. Antes de dar una pincelada estudia, analiza y razona lo que va á hacer. Y sea apunte ó cuadro, se ha de distinguir por la verdad que respira, por la frescura del color. La nota sincera, la pintura *franca* que entra alegre por el sentido y llega al alma, lo da el *natural* cuando se le interpreta con

lealtad y sin apelar á recursos de mala ley.

Pericás pinta de todo: paisaje, interiores, retratos..... Recuerdo haber visto en su estudio unos cuadros muy buenos representando claustros y capillas de las iglesias de San Nicolás y Santa María, de Alicante. Está en ellos la perspectiva tan estudiada cual si fueran obras de los maestros del siglo XVI; son justos de color, y la luz tan bien repartida y entonada, que mirando los lienzos hacen sentir ese ambiente, lleno de misterio y dulzura, que flota en nuestras viejas catedrales.

Merced á una pensión que le concedió el Sr. Penalva, pudo salir de Alicante, y la primera escapada fué á Madrid para ver nuestro Museo y estudiar sus obras maestras. Allí permaneció hasta que se acabó la pensión, que fué como acabarse el seguro del sustento diario, y vuelta á Alicante con el recuerdo de la pintura de Velázquez, su más intensa impresión. Ha pintado retratos, é involuntariamente ha recordado para bien suyo al maestro de

las *Meninas*. El que ha hecho no ha mucho tiempo al muy ilustre Abad de la colegiata de Alicante es buena prueba de mi aserto. A un gran parecido físico une lo que es más difícil lograr: la expresión de la parte moral, reflejo del sentimiento característico en el retratado: la bondad.

Las exigencias del escaso mercado artístico de Alicante le han obligado á pintar algunos cuadros de flores.

Una cabeza de estudio, una figura bien hecha, no *adorna*, no es vistoso. Y como el que paga es dueño, hay que dar gusto al que paga. Pero es bien advertir que cultivar ese género de pintura, naturaleza muerta, flores y frutos, es hacer un arte de comercio que suele dar poca gloria y algunas veces encaminar al artista hacia el amaneramiento.

Actualmente está terminando un lienzo decorativo, un techo, encargo de un acaudalado propietario de Elche. La pintura decorativa es género en que el artista puede dar rienda suelta á su fantasía, y Pericás se muestra exuberante de ella en

esta obra. Sobre un azul purísimo, y entre nubes de tonos sonrosados, se destaca un grupo de alegres ninfas que juegan persiguiendo á encantadores amorcillos; éstos huyen presurosos para que aquéllas no les arrebatasen las guirnaldas de hermosas flores que pródiga les dió la Primavera. Arte y poesía juntos. El día despertando, el poema de la Aurora en la hermosa trilogía de ninfas, ángeles y flores.

Pericás es discípulo de D. Lorenzo Casanova, y aprovechando las lecciones del maestro y con sus condiciones puede llegar á ser notabilísimo pintor. Con discreción plausible huye de todas aquellas teorías que, con el prurito de tener cada una la *exclusiva* en el arte, son tan traídas y llevadas en nuestra época. Trata de hacer pintura *seria* y nada más. Muchas veces lo consigue. El Arte interpreta, no imita, la Naturaleza. El modo de sentirla y hacerla bella sin destruir la verdad depende del alma del artista. Por eso en Arte no debe haber exclusivismos.

Ajeno estará Pericás de que le saco á

relucir en estas páginas. Son el pobre tributo de mi admiración á su modestia y valer. Las obras que ha pintado son poco conocidas: multitud de apuntes, algunos retratos y cinco ó seis cuadros de alguna importancia. Uno de ellos fué premiado con medalla de segunda clase en la Exposición celebrada en Alicante en 1894. Preciso es que siga trabajando y dé á conocer sus obras fuera del reducido círculo de una provincia. El arte es cosmopolita, sí, pero en las grandes capitales del mundo es donde se celebran esos certámenes artísticos que se llaman exposiciones. Allí es donde hay que presentar y exhibir los trabajos para llamar la atención pública, darse á conocer y obtener el *exequatur*. Algo así como una licenciatura. Hoy día, si fuera posible que existiera otro Velázquez, que trabajara, en cualquier rincón de España y no se tomara la molestia de traer sus obras á exponerlas en la capital, por maravillas que hiciera, pasaría inadvertido cual la mayor parte de las nulidades. Hay, en

todo esto, un verdadero espíritu de centralización. Se nota también, sobre todo en el que empieza, la propensión á presentarse con cuadros de grandes dimensiones, influídos por el íntimo convencimiento de que, críticos y no críticos, no ven más que el cuadro grande; son ciegos para los pequeños. Decir cuadro grande es fácil, pero realizar la obra, árdua empresa, y en caso de una *equivocación*, viene el fracaso y la ruína del artista. Es muy triste ser pobre, pero hay casos en que es horrible. El caso de ver la gloria y no poderla alcanzar por falta de unas míseras pesetas.



VICENTE BAÑULS

I.

Hace meses leí la noticia en los diarios de Alicante: Bañuls salía para Roma. Allí se encuentra hoy, estudiando con la idea de vencer. La ambición santa de la gloria guía á los artistas á la capital del mundo del Arte. Pintores y escultores encuentran en Roma ámplio campo donde desarrollar sus aptitudes. El Arte de la antigüedad y el del Renacimiento allí se encuentran y allí va para admirarlos la generación presente é irán las venideras. Tiene Roma para el artista cariños de madre y enseñanzas de maestra insigne. Su historia es la del mundo antiguo; sus catacumbas son la representación del más sublime de los misticismos; las colosales

ruínas de sus circos y arcos de triunfo nos hablan de los mártires cristianos, de guerreros invencibles, de Emperadores envilecidos, de todo un pueblo en fin, de soldados y legistas, de señores y esclavos.

La grandiosidad de sus templos simboliza la pureza y vigor de la fé cristiana en otra época. Todo despierta el sentimiento y aviva la inspiración. No «rompamos los moldes» del arte antiguo y vaya á Roma quien ir pueda, pero vaya preparado para poder admirar conscientemente cuanto allí hay de admirable. Por no ir así, tantas esperanzas se han malogrado y tantas ilusiones se han desvanecido.

Bañuls ha ido á Roma en buenas condiciones, no ya como esperanza, más bien como una realidad. Ha trabajado mucho, sabe sentir y expresar lo bello; tiene inteligencia clara y poderosa voluntad. Sus obras revelan un temperamento genial. Examinando cualquiera de ellas, la más sencilla, si se quiere, se nos presenta llena de gracia, rebosando inten-

ción, modelada con esa jugosidad y soltura que dentro del Arte es la difícil facilidad que sólo poseen los maestros.

II.

Para abandonar patria, familia, afec-
ciones, grande ha de ser el poder de
atracción que tenga el Arte. ¡Cuán peno-
so dejar el amigo, el compañero, cerrar
el estudio, el primer estudio, testigo de
tantos entusiasmos, de tantas alegrías,
de tantos ensueños! ¿Cómo es el de Ba-
ñuls? Un salón de regulares dimensiones.
Claraboya en el centro del techo para la
luz cenital. El piso *sembrado* de obstácu-
los, telas mojadas que cubren el barro
preparado para modelar; tablas y lienzos
para pintar al óleo; rollos de papeles y
dibujos. En un rincón, un pequeño horno
para fundir metales. Algunos caballetes
con tableros cubiertos de barro que ha
de transformar el artista en bajo-relieves.
Fotografías en las paredes y cuatro ó

cinco pedestales de yeso sosteniendo bustos. Uno de ellos, de admirable parecido, es el retrato de Manolo Harsem, obra con la cual rindió Bañuls justo tributo á la amistad y al compañerismo. Por último, como digno de mención, en un extremo de la estancia, un tabladillo y un diván, único sitio reservado á la comodidad de los amigos que van á visitar al artista.

Entremos: el *obrero* está en traje *reglamentario*; viste larga y amplia blusa. Mira al modelo incesantemente, y mientras los ágiles dedos (que son los palillos que suele usar) van y vienen con velocidad sobre la masa de pastoso barro, le oiréis tararear con mucha afinación alguna romanza. Y así, burla burlando, al cabo de un rato, lo que era informe trozo de materia, se va convirtiendo en hermoso busto ó graciosa figurilla. Y sea la obra grande ó pequeña, de fácil ó difícil ejecución, así ha de trabajar siempre Vicente Bañuls.

Entre un *fa* y un *sol*, dando un paso

atrás, entorna la vista mirando al modelo, y *coge* un escorzo, un pliegue, un detalle, que fielmente traslada al barro.

Muchos creerán que Bañuls es sólo digno de mención como escultor. Es también notable en la pintura. Sus dibujos al carbón son excelentes. Concreta una figura con tal sobriedad de líneas y manchas que, dentro de su temperamento, casi determinan un estilo.

Lo mismo puede decirse de sus acuarelas y óleos. En algunos retratos tiene cabezas pintadas con firmeza y maestría: recuerdan la nota velazqueña. Estos trabajos, muchas *academias* y tres cuadros de caballete es lo que en pintura ha producido, aprovechando el poco tiempo que le dejaba libre el cultivo del otro Arte. Esta preparación, si necesaria en absoluto para el artista pintor, no lo es menos para el que se dedique á la escultura. Y ocurre, por desgracia para este Arte, que es muy frecuente el descuido, y muchas obras adolecen de dureza en la expresión de las líneas por falta de dibujo, presen-

tando el artista, por modo forzado, en el mármol, yeso ó barro, lo que es gracia y naturalidad en el modelo.

III.

En escultura la obra más importante llevada á cabo por Bañuls, y con feliz éxito por cierto, es la estatua de D. Eleuterio Maisonnave. Este hombre ilustre no regateó en vida talento, fortuna y favores en pró de su pueblo. Y ha sabido Alicante perpetuar su memoria erigiéndole un monumento que honra por igual al tribuno y á la ciudad.

En el centro de una hermosa plaza, de donde parten las principales vías de la población, se encuentra la estatua de Maisonnave, en pedestal sencillo y de buen gusto. Está representado el tribuno en noble postura y reposado continente. La figura es gallarda, elegante sin afectación; erguida la cabeza, parece contemplar con mirada de águila la ciudad para él tan

querida. Así debió ser Maisonnave. El artista ha sentido el personaje y le ha dado vida perenne en el duro metal.

La estatua de Maisonnave ha dado á conocer un escultor: Bañuls. Luchar por primera vez en género tan difícil y obtener victoria, sólo es dado á aquellos que atesoran ese destello de inspiración divina que se llama génio.



La escultura, representando personajes modernos, está erizada de dificultades. La indumentaria no puede ser más anti-artística: levitas, fracs, gabanes..... prendas todas que hacen desaparecer líneas y contornos de la figura, no presentando más que monotonía y rigidez por todas partes. Y si los paños tienen arrugas ó están algo ajados, más que un personaje, parecerá un mendigo. Algo de esto le ocurrió á Bañuls en un concurso. Presentó su trabajo, y á vueltas de alabárselo mucho, le dijeron que era lástima

que aquellas ropas «olieran á pobre». Ya se sabe el cánón: político, orador, filósofo..... todos figurines de sastrería, muy nuevos y muy compuestos. Puede verse la clase en cualquiera de las innumerables estatuas que lucen en las plazas y paseos de Madrid y otras ciudades españolas. Si á estos convencionalismos juntamos el furor estatuario moderno, se comprenderá por qué nuestros escultores, trabajando mucho, piensan poco, y nunca pasan del estado de medianías ilustradas.

Artistas como Benlliure, Querol y algunos otros, tienen cualidades para que sus nombres brillen tanto en el extranjero como en España. La labor artística de Benlliure es propia de un coloso, pero trabaja muy deprisa, produce con demasiada fecundidad, y muchos de los frutos de su talento no tienen la debida madurez. Por eso la crítica le censura, si bien no siempre con la debida rectitud y justicia. Lo han tachado de plagiarío, cuando á lo sumo se ha inspirado en ideas ajenas, pero sin seguirlas servilmente. Y

esto, aun siendo censurable en quien no necesita como él ayuda de nadie, realmente, no es plagio; Benlliure es original á su modo. El retrato del pintor Domingo es admirable. La estatua de Trueba es un prodigio de ejecución y facilidad, pero..... le falta idealidad. Aquel señor, sentado en un banco, lo mismo puede ser Trueba que un don Juan particular, amigo de tomar el fresco en los jardines; el dulce poeta, el cuentista inimitable ¿dónde está?

El monumento á Gayarre es su obra más completa, como ejecución y como asunto; canto sublime del cincel, dedicado á un artista cuya voz no volverá á oirse.

En nuestras Exposiciones, todo lo que hay de lamentable exceso en la sección de pintura, siempre recargadas con sin número de cuadros, hay de pobreza en la sección de escultura. Ninguna Exposición da idea de lo que son y valen nuestros estatuarios.

Indudablemente, el trabajo que supone esta clase de Arte y su poco fruto

(léase venta), hace que se retraigan muchos. Huyendo de la obra pesada, de grandes proporciones, y haciendo un trabajo que se adapte más al gusto y las necesidades del público que compra, tendrían más salida. Es cuestión de intención en el artista. Tan grande es Miguel Angel en su *Moisés* como Alonso Cano en su *San Bruno*. El goce estético está en la contemplación de la belleza, y lo bello igualmente puede existir en la obra grande que en la pequeña. Tomen nuestros artistas como norma de conducta lo que ocurre respecto á la escultura en Francia. Dentro ó fuera de exclusivismos, la mayoría estudia con entusiasmo y produce muy buenas obras. El Arte serio de los Falguiere y Bartholdi; el estudio del desnudo, de los Captier, Michel y otros muchos, verdadero renacimiento del antiguo, pero menos convencional que el Arte griego y más gracioso y encantador; el ideal de Krug en cuanto á belleza, pero tan modesta y pudorosa que no osaría condenarla por inmoral el más austero

moralista; es precisamente lo que constituye la fuerza de la estatuaría extranjera.

Aunque muy á la ligera, no es posible hablar de la escultura en Francia sin citar la nota más culminante en el presente año: el *Balzac* de Rodín. Pocas obras habrán sido tan discutidas; pocas habrán motivado tal cúmulo de violencias por una parte y de elogios por otra, tan apasionada discusión, propia del carácter meridional, á la que el artista ha permanecido indiferente, impasible, tranquilo, con la serenidad del genio, seguro de haber acertado á interpretar á su igual. El padre de la novela naturalista, Balzac, conoció, como nadie, el corazón humano; estudiándolo, pasando su existencia entre tristezas y amarguras, se hizo escéptico. Rodín no ha pretendido hacer un arte nuevo, con notas de audacia ó atrevimiento, lo que ha hecho es un acabado y perfecto simbolismo de una de las más grandes figuras literarias del siglo. Un *Balzac* achacoso, enfermizo y embutido en levitón del año 40, hubiera

estado muy conforme con el hombre. Mas el escritor y filósofo insigne está admirablemente retratado en la obra de Rodín. Esa figura anormal, casi deforme, de gigantesco cerebro, cuyos pensamientos reflejan en la dureza de los rasgos fisonómicos una expresión de olímpico y soberano desprecio para la sociedad hipócrita, es Balzac, el obrero incansable de la *Comedia humana*, anonadado por las deudas, trabajando para enriquecer usureros, ideando empresas industriales para gozar del bienestar anhelado, sintiéndose superior al mundo de la burguesía que retrata en sus obras.



Volvamos á Bañuls y sus obras; y en la imposibilidad de detallarlas todas, apuntaré las que recuerdo.

Un crucifijo, escultura en madera, propiedad del banquero Sr. Penalva.

Un busto de jijonenca, trabajo en que el artista puso toda el alma; cabeza de

niña y ángel, con el cabello recogido terminado en hermosa trenza, la frente pura y tersa, los grandes ojos entornados, todas las facciones de tan gran delicadeza y de un modelado tan dulce, que mejor que un busto de jijonenca parece la representación de la inocencia y del candor. No sé quién fué el modelo, pero ese retrato conmueve y hace sentir. Posee esta perfecta joya el Decano del colegio de abogados de Alicante, Sr. García Soler.

Dos medallones (retratos).

Un grupo en barro cocido, titulado *Un compromiso*. Otro grupo, *Gloria* (boceto). Todas estas obras figuraron en la Exposición que organizó el año 1894 la Sociedad Económica de Amigos del País. Bañuls alcanzó como justa recompensa el mejor premio que se concedió en la sección de escultura. Son notables también los bustos de Manuel Harsem, Pérez Galdós, Salmerón, Poveda (eminente oculista murciano), Barones de Petrés, etc..... En bajo-relieves pueden citarse: el retrato de la Excma. Sra. Baronesa de Mayals,

ejecutado en marmol de Carrara y ornamentado con artístico marco de tallas de roble y bronces; todo del más puro gusto del Renacimiento. Un trozo lleno de realismo y fineza de observación intitulado *Al volver de la mona*, nota verdad de las costumbres locales; animados grupos, gente que ha pasado la tarde merendando en el campo y regresa á la ciudad con la alegría que comunica el vino, y entre el jaleo y bullicio del guitarreo incesante y las populares canciones. *La suerte de vara*; enérgico y justo en la ejecución. (Todas estas obras recuerdan las del malogrado Susillo por la finura del modelado y la intención que revela la manera de tratar asuntos.) *Mosquitos*; grupo en barro cocido, muy notable. Lo componen un viejo haraposo y un chiquillo desnudo, que, rodeando un tonel, procuran con ingenio chupar el vino que contiene; forma de rendir tributo á Baco muy usual en nuestros puertos de Levante. Seguro estoy que el viejo y el chiquillo pensarían, estando de modelos, que ya habían

representado la escena *á lo vivo*. La cara del chiquillo tiene la expresión maliciosa del pilluelo; el viejo es un digno compañero de aquellos que inmortalizó Velázquez.

Esta es la última obra que ha hecho Bañuls en España. ¡Lástima que no llegue á figurar en algún certamen artístico! Antes de terminar: la Excma. Diputación de Alicante merece justos plácemes; pues con la pensión que ha concedido al artista, le ha facilitado los medios necesarios para darse á conocer en campo más amplio. Bañuls, colocado en adecuado medio para el estudio y desarrollo del Arte á que se dedica, puede alcanzar, en no lejano día, timbres de gloria para él y para la tierra en que nació.



ADELARDO PARRILLA

I.

Vivaracho, decidor, con la alegría propia de los primeros años; sin penas en el corazón y con un porvenir risueño..... así es Parrilla. Dibuja ó pinta constantemente, sin esfuerzo, sin cansancio. Para él la pintura no es trabajo; es la satisfacción continua de un deseo fisiológico. Nació para el Arte, y al Arte aplica toda su actividad. Ha acertado en su destino y nada más. Adelardo Parrilla es el Benjamín de la Academia. Todos sus compañeros le quieren. Si por alguno de sus discípulos pudiera el maestro tener predilecciones, sería por él. Lo ha educado, paso á paso, dentro del Arte. Y así Parrilla se ha visto libre de los extravíos propios en el

que empieza, esos resabios tan fáciles de adquirir y tan difíciles de olvidar. Parrilla siente por el maestro el cariño de un hijo. No puede pagarle sino con esa moneda que acuña el agradecimiento: la veneración. Y el maestro se considera bien pagado, porque cada triunfo del discípulo es la satisfacción íntima de ver continuado su temperamento de artista en joven de tantos bríos y porvenir como éste.

Recuerdo que una vez me encontré á Parrilla, recién llegado á Alicante, después de dos meses de excursión por varias provincias andaluzas. Hablamos un rato; me enseñó varios apuntes y dos cuadros que había terminado. Estaba cariacontecido y tristón.

— Mañana — me dijo — iré á enseñarle todos estos trabajos al maestro, y no sé si los aprobará.

Al día siguiente fuimos al mismo tiempo á la Academia. Colocó sus obras encima de las sillas, en los caballetes; las preparó á la luz conveniente para que no hubiera brillos ni reflejos, y aguardamos.

Entró el maestro, las miró una por una detenidamente.

— Bien, bien; no has perdido el tiempo—dijo, devolviendo con estas palabras la tranquilidad al discípulo y su natural alegría.

A la media hora ya tenía Parrilla el modelo delante y pintaba como si no hubiera faltado ni un solo día en su asistencia á la Academia.

Todos los discípulos sienten por don Lorenzo esa expresión de cariño y respeto, nacido al calor de las mismas ideas, y desarrollado por la afectuosidad del continuo trato. Esto, que no es posible en los centros oficiales, creados para la enseñanza de las Bellas Artes, es frecuente verlo en las academias particulares que dirigen ciertos artistas. Remedo de lo que pasaba en otras edades, esos talleres son hogares artísticos donde la fraternidad es ley y el leal compañerismo lazo que á todos une. Del estudio de Cimabué salió Giotto, el primer pintor naturalista; y en el de Perugino aprendió Rafael Sanzio el

arte que lo hizo inmortal. Y aunque estos discípulos, como en muchos otros casos, llegaron á superar á los maestros, aun encumbrados en las más altas esferas del poder y la riqueza, guardábanles sincero y perdurable respeto, que los maestros, á más de enseñar, eran padres en el consejo y amigos en la adversidad.

II.

En Parrilla el artista sólo puede explicarse por la casualidad, y todo hace pensar en la predestinación. Sus *primeras armas* las hizo en las aulas del instituto de Alicante. Llamábale la atención al catedrático de latín la laboriosidad de uno de los alumnos, que al parecer estaba constantemente tomando apuntes de las explicaciones. Un día quiso enterarse y ver cómo llevaba su trabajo.

— Sr. Parrilla, venga usted á enseñarme lo que está escribiendo.

Levantó el chico la cabeza y quedóse

como embobado. ¡Estaba tan lejos de las declinaciones latinas! Pero armándose de decisión, se levantó, y avanzando hasta la mesa del profesor le entregó el libro y los papeles. Apuntes eran, pero de caras, manos, figuras y un sinfin de rayas y garabatos que de la primera á la última página hacían del cuaderno un pintoresco álbum. La sonrisa irónica del profesor y un «aguárdeme á la salida de clase», fueron el final de la escena. Parrilla quedó anonadado: veía en lontananza un porvenir de regañinas, unos cuantos pescozones, y, en último término, la silueta de una enorme calabaza, premio correspondiente á sus *desvelos* de estudiante. Nada sucedió de lo que él pensaba. Eso hubiera sido lo vulgar, lo corriente. El catedrático de latín, que es un sabio amante de las Bellas Artes, le dijo:

— Mira, hijo mío, déjate de latines; tú no has nacido para llegar á ser médico ó abogado; serás pintor.

Le compró lápices, papel y demás chismes necesarios para dibujar, y le con-

dujo á la Academia de Casanova. Contóle el caso al maestro, quedó admitido como alumno, y en la tarde de aquel día ya estaba Parrilla, sin miedo ni zozobras, haciendo su primer dibujo *formal*. Así fué su iniciación en el Arte, y aunque el caso nada tenga de extraordinario, no deja de ser curioso saber cómo un chico de once años empieza estudiando latín y termina el curso manejando el carboncillo y el lápiz.

Parrilla ha dibujado durante seis años sin descanso; sesiones por mañana, tarde y noche. Sólo ha empezado á manejar el color después de haber adquirido esa seguridad y firmeza que no se improvisan, porque es el producto de una constante colaboración de la inteligencia y la mano del artista. Ha logrado dominar la línea y el claro-oscuro. Así como un dibujo de Gustavo Doré ó un apunte de Corot no es posible confundirlos con los de otro artista, por su especialísima *manera*, con dibujos de Parrilla ocurre lo propio; se distinguen por la valentía de las líneas,

por la pujanza del tono, por la tan cumplida *acentuación* de la figura, que no parece sino que salta del papel y se anima. Con la misma desenvoltura y firmeza resuelve el apunte rápido, de impresión, y muestra lo esencial, la expresión de las formas, que va hasta apurar el pormenor más insignificante, el detalle más pequeño, sin que la obra pierda nada en tonalidad harmónica. Si no llegara á ser notable pintor, quedaría indudablemente en la categoría de gran dibujante, cosa que, en verdad, sólo podría decirse de muy contados artistas.

Algunos de los pintores ingleses modernos pueden presentarse como modelos dignos de ser imitados en el estudio del dibujo; como en Francia serán modelo eterno Meissonnier y sus continuadores.

En España, el gran Fortuny, á pesar de su grandiosa fantasía, no hubiera creado obras inmortales como *El jardín de los poetas* y *La elección de modelo* si á sus condiciones de colorista vigoroso no hu-

biera acompañado la de ser un dibujante sólido y perfecto. La tendencia de los pintores á los cuadros de caballete, la alienta el gran público con su predilección por estas obras de arte. Los aficionados pobres conténtanse viéndolas expuestas en las Exposiciones. Los ricos las pagan bien y se las llevan para gala y ornato de sus suntuosas moradas.

El cuadro pequeño de caballete necesita para su ejecución un buen artista. Por eso lo cultivan pocos, y esos, maestros. Siendo de notar, que habiendo conquistado categoría con el *gran cuadro*, una vez que han llegado, lo olvidan por el *género chico*. Sobresalen en España en estos trabajos, Jiménez Aranda, Moreno Carbonero y algunos más (no muchos). El primero, presentando de modo inimitable escenas de principios de siglo. El segundo, dando luz y haciendo revivir en el lienzo escenas del *Quijote* y del *Gil Blas*.

La escuela moderna valenciana, cuenta también con artistas tan excelentes

como Peiró, tan notables pintando las costumbres del país, como resucitando tipos de otras épocas: guardias walonas, pendencieros capitanes, pícaros quevedescos, alguaciles é hidalgos, todo el mundo vivo de nuestra grandeza pasada, de la España guerreadora, devota, épica y miserable á un mismo tiempo.

III.

Las obras pictóricas de Parrilla son poco conocidas aún dentro del reducido espacio de Alicante y su provincia. Esto dimana del carácter y modo de pensar de este artista. Reuniendo condiciones excepcionales, tiene un defecto capital en este caso: la falta de ambición; de ese deseo tan legítimo de darse á conocer; de que el nombre *suene* en las altas esferas del Arte. Quizás el tiempo logre corregirlo. Hoy por hoy, así es; carácter de bohemio, modesto hasta la exageración, pero modestia creada por el amor

propio, expresión de noble orgullo del que comprende el *más allá* de su Arte. Dibuja ó pinta, y una vez terminado el trabajo, lo tira ó lo arrincona. Es que no le gusta lo hecho, y vuelta á empezar otros. Y así amontona gran cantidad de obras, que sin utilidad para el autor, desaparecen más ó menos tarde entre las manos de los aficionados *económicos*, aves de rapiña que nunca faltan en los estudios de los pintores.

La idiosincrasia de Parrilla se revela en cualquier detalle, en una frase. Espiraba el plazo para la admisión de obras en la Exposición de Bellas Artes que se celebró en Alicante el año 1894..... faltaban dos días, y Parrilla no tenía nada preparado mejor, ni se le había ocurrido pensar en ello. Muy á la ligera pudo hacer un cuadrito de un par de figuras. De manera tan sencilla presentó por vez primera su firma, y de este modo logró una mención honorífica, cuando de haber sido más avisado, hubiera podido alcanzar seguramente alguna medalla. Algunos le

amonestaron por su descuido, y él argüía á todo:

— Las medallas, ni dan ni quitan Arte; lo que quiero es trabajar mucho para llegar á pintar bien, y poderme presentar con alguna probabilidad de éxito.

En la Exposición barcelonesa del 96, figuró con un estudio (de tamaño natural), representando *Un fraile en meditación*: un trozo de pintura real, verdadera; buena factura y vigoroso de color. Pero críticos y revisteros no le dispensaron ni una palabra de atención, y el lienzo, hermoso como pocos de aquel certamen, pasó completamente inadvertido.

Sigue Parrilla estudiando sin apresuramiento, sin violencias ni extremos, siempre malsanos. Tiene una pensión que le basta para cubrir las necesidades imperiosas de la vida. El barón de Mayals, perdió el único hijo que le quedaba; joven que se revelaba como pintor, y que tal vez hubiera llegado á maestro. Manolo Harsem (que así se llamaba), rico y

noble por su estirpe, era de corazón liberal y afable trato. La igualdad de aficiones, desarrolladas en la democracia del estudio, hizo que trabara amistad con Parrilla. Pero murió el pobre Manuel, y su padre ha sabido perpetuar en hermosa forma el recuerdo, dando su valiosa protección al joven artista.

Parrilla ha pintado numerosos cuadros de caballete: asuntos sencillos, composiciones inspiradas en escenas del país la mayor parte. Como encargo pintó dos asuntos conventuales: *Reparto de sopa* y *Trabajo de legos*. Los dos están tratados con tal intención y son de ejecución tan perfecta, que no hubiera titubeado en poner su firma en ellos el gran Romea.

Estas obras figuran en colecciones particulares de buenos aficionados, de los que pagan mirando la calidad de la pintura, y no atienden á si el artista es joven ó viejo, y si tiene ó no firma conocida.

Durante las temporadas que pasa en

Andalucía, pinta paisajes y trae notas de color, reflejos de aquella luz excepcional por su intensidad y brillantez.

Por cierto que con dos apuntes que hizo de las riberas del Guadalquivir le ocurrió un lance que no deja de ser chistoso, por más que á Parrilla le hiciera muy poca gracia. Trajo los apuntes á Alicante y se los llevó á un señor aficionado (de cuyo nombre el artista no quiere acordarse). Miró con atención las dos pinturas de Parrilla, y con enfático acento dijo:

— Mire usted, joven, no me gusta se me dé gato por liebre; cuando me traiga usted algo, procure que sea del natural, y no cosas hechas de memoria, como éstas de ahora.

Quedóse Parrilla admirado un instante al oír tal sinrazón, recobró luego las obras, tomó el sombrero, y sin decir palabra, con precipitado paso, salió de aquella estancia, y ya en la calle, aún zumbaba en sus oídos las últimas palabras de aquel *inteligente*. «De memoria, de memoria.....»

Y precisamente ir á decírselo á él. No ha vuelto á verlo más.

El Ayuntamiento de Cartagena, en un concurso de pinturas, adquirió una *Cabeza de estudio*, pagándola á buen precio. El Marqués de Cerralbo y el Conde de Balmaseda tienen la firma de Parrilla en dos paisajes, apuntes de los alrededores de Córdoba. Últimamente ha pintado *Descanso de caza*. En el interior de una venta andaluza, varios cazadores entretienen el tiempo bebiendo y charlando en animado y pintoresco grupo. Esta obra, realmente bella, pertenece al señor Barón de Mayals. Siente, sin embargo, preferencia por el retrato; ha pintado innumerables, y distínguese siempre por la fidelidad, por la exactitud, por la asombrosa realidad en la expresión habitual del retratado. El color es justo en ellos, ese colorido característico del maestro Casanova, y el dibujo irreprochable, como de quien tomó como base de su educación artística el dibujar.

Parrilla, animado de buen deseo, tra-

baja para presentarse en la primera Exposición que se celebre en Madrid con algunas obras. Por si acaso, habrá que recordarle con anticipación sus buenos propósitos. No hay que olvidar la tranquilidad de conciencia que le da su eterna muletilla:

— ¡Bah! cuando lo haga mejor, cuando pinte bien.



JOSÉ LÓPEZ TOMÁS

¿Quién es López Tomás? Un pintor casi desconocido, pero pintor excelente. Sus obras han figurado en la Exposición de Barcelona de 1896, y la Internacional de Madrid de 1897.

Hallar un crítico recto, imparcial, despojado de toda pasión, es tan difícil como encontrar en el mundo un hombre justo.

No toda la culpa ha de recaer sobre los críticos; parte de responsabilidad tiene el Jurado, encargado de la admisión de las obras.

Las exposiciones no hay que considerarlas mejores unas que otras por el número de obras, sino por la calidad de las mismas. Si el Jurado rechazara lo malo,

sin excepción de ningún género, la selección podría hacerse más fácilmente; lo bueno sobresaldría de todos modos; mas lo regular ó mediano no se perdería entre un sin fin de trabajos tan repletos de colorines como faltos de sentido común.

López Tomás es uno de tantos que han sufrido las consecuencias de todo esto; no ha ido á parar al anónimo precisamente; pero ni se le ha juzgado como merece, ni se le ha premiado en cuanto vale. Discípulo de Casanova, en su Academia se ha formado; como dibujante es correctísimo: vé el modelo muy bien, y desde hace años, no pasa día sin hacer dibujos del yeso y del natural, independientes de sus trabajos al óleo. Como pintor, dejando aparte el modo personalísimo de sentir el color, siempre sus obras revelan un profundo estudio del asunto que trata y un perfecto conocimiento de las costumbres é indumentaria de la época.

Temperamento de artista, talento natural y una gran ilustración, son las cua-

lidades que posee; trabajador infatigable, López Tomás, puede pensar con legítimo orgullo, que sólo á su constancia debe lo que es. Lucha por la existencia, dando lecciones de idiomas y escribiendo artículos sobre materia artística, y las horas libres las dedica á estudiar el Arte, que es su vida, porque para él vive y á él consagra todas las energías de su espíritu. Entre sus trabajos literarios puede citarse uno que ha publicado recientemente, el libro *Educación Artística*. Es un compendio de Arte, escrito con suma corrección, y guía, más que útil, necesaria para todo buen aficionado.

*
* *

Conoced la ilustración de un artista y tendréis la medida de lo que pueden ser sus obras. En la Exposición de Alicante de 1894 presentó López Tomás su primera obra *Últimos momentos de Santa Teresa de Jesús*, asunto estudiado con el cariño de amante de las bellas letras,

desarrollado con arreglo á la verdad histórica, lleno de vigor en su pintura. Se observa en este cuadro (por el que obtuvo una medalla de plata) algo de la factura de Rosales, lo cual no es de extrañar, pues por este tiempo vino López Tomás de Madrid y trajo impresión muy honda de la pintura de este maestro español.

En la Exposición de Barcelona (1896) presentó un cuadro intitulado *¡Hijo mío!* que fué premiado con mención honorífica. En la Internacional de Madrid (1897) un cuadro de grandes dimensiones: *Echando las cartas*; se le concedió mención honorífica. Omito, por no hacer interminable la censura, una porción de detalles que concurrieron en disfavor de esta obra; no siendo el menor de ellos, la mala colocación que la dieron en lo que respecta á luz y altura.

Quien sólo con el propio esfuerzo ha conseguido *francamente* una medalla de plata y dos menciones honoríficas por sus trabajos, algo debe valer como artis-

ta; este algo es lo que deben procurar los amantes de las Bellas Artes que no se pierda. Sería muy lamentable que, tanto López Tomás como algunos jóvenes pintores que en sus condiciones se encuentran, agotaran las fuerzas físicas y morales, *antes de llegar*, por hallar el camino del Arte obstruído por la indiferencia, la rutina, y no pocas veces, la perversa envidia.



HELIODORO GUILLÉN

I.

Es un artista completo. Pintor conocido, no hay que presentarle. El público que entiende de Arte sabe quién es y lo estima cuanto se merece. Vale mucho. Sin intención de hacer una biografía, sólo como nota íntima, algo he de decir de él y sus obras, mal que pese á su modestia.

Ser artista y desheredado de la fortuna parece sinónimo. Decir rico y vago es casi axiomático en tierra española. Por eso es raro que un hombre de regular fortuna se dedique á pintar ó esculpir, dejando las excelencias de una vida cómoda y regalada por las penalidades y zozobras que lleva consigo la aspiración

á la fama con la paleta ó el cincel. Guillén está en este caso, y casos tales son dignos de alabanza por lo poco frecuentes y porque revelan verdadera vocación.

Queriendo saber algo por boca del mismo artista — así la impresión siendo directa es más justa — fuí á su casa de Alicante.

— ¿El Sr. Guillén?

— Hace dos meses que está en la Huerta.

Pues á la Huerta á verlo. Tomé un cochecillo, y dando tumbos salí de la ciudad con la compañía de un sol espléndido y una cantidad de polvo, más que suficiente, para transformar en diez minutos á cualquier ciudadano en un perfecto harinero. Los aurigas de Alicante tienen, con razón, fama de ser diestros en su oficio. A fuerza de práctica, adivinan los baches y sortean con habilidad los innumerables carro-matos que llevan mercancías de todos los pueblos de la provincia á la capital. Sustos y molestias pronto se dan al olvido en cuanto de lo alto de una

cuesta se divisa la Huerta alicantina. La vista no se sacia de admirar la extensa mancha de paisaje que ante ella se desarrolla. No se descubre un palmo de terreno inculto. Hay agua, hay vegetación, hay vida. El verde esmeralda de la alfalfa destácase del tono pajizo de los maizales, cuyas cañas se inclinan por la pesantez de las mazorcas como si éstas quisieran besar á su madre la tierra. Las vides, mostrando el maduro fruto, entrelazan con amoroso abrazo sus engalanados vástagos por las ramas de los olivos y el follaje de los algarrobos. Y esparcidas, como salpicando todos los tonos verdes y amarillos que pudiera soñar la fantasía de un artista, se descubren algunas notas blancas, puras y alegres: casitas de recreo, alquerías, villas suntuosas. Cierra el horizonte, por una parte, el mar cual extensa cinta, y por otra, lejanas montañas que, como azuladas sombras, elevan sus picachos hasta el cielo. Bien se puede pasar el purgatorio del camino por ver cuadro tan hermoso.

II.

— Este es mi estudio durante el verano, — me decía Guillén mientras me enseñaba, sirviéndome de guía, la preciosa quinta que habita.

— Aquí trabajo á gusto. Luz y color sin limitación alguna. La naturaleza, tal cual es, con esa intensidad de tonos que profundamente envidiamos los que manejamos el pincel. En el campo se aprende mucho. Esa luz igual y monótona del estudio de la ciudad llega á viciar la vista; vicio que sólo puede evitarse trabajando al aire libre de vez en cuando. Y aunque los insectos resultan demasiado amigos del hombre, y los labriegos suelen molestar con impertinencias, y el viento alguna vez tira la tela, y..... hay que empezar de nuevo el trabajo, aún le quedan al campo encantos suficientes que contrarrestan esas pequeñas quiebras del oficio.

Después de charlar un poco, y teniendo en cuenta que no se debe molestar al prójimo, dejé al artista que prosiguiera en la tarea de tomar apuntes para un cuadro que piensa presentar en la próxima Exposición Nacional.



D. Aureliano Ibarra fué el primer maestro que tuvo Guillén. Era D. Aureliano tan buen dibujante como profundo arqueólogo y numismático. Aprovechó Guillén sus lecciones, y con esta preparación marchó á Madrid, ingresando en la Academia que en su estudio tenía D. Casto Plasencia. Pocos maestros habrán tenido discípulos más sobresalientes. Al propio tiempo que Guillén, empezaron sus estudios Maximino Peña, García San Pedro, Mateo Silvela, Bertodano, Garnelo, Cabrera y otros. Hoy día, todos ellos han ganado premios con la paleta, y sus nombres son un prestigio de la pintura española contemporánea.

Plasencia fué un gran artista. Los techos que pintó en el palacio de Linares forman, por la calidad y número, un verdadero museo. Sus trabajos en San Francisco el Grande, tanto en el coro como en las lunetas de la cúpula central — y en la misma iglesia la alegoría de la orden de Carlos III, que es la mejor nota de color que allí existe, con haberlas muy buenas — acusan en su autor un gran talento. Era Plasencia en la composición tan poderoso como Tiépolo, pero más colorista que éste. Dominaba la línea con una seguridad tan pasmosa, que los escorzos más difíciles parecen resueltos como jugando. Severo y majestuoso en la pintura religiosa; en la profana, sus Venus tienen la frescura y morbidez de los desnudos de Rubens, con la corrección del Ticiano. Sus amorcillos y ángeles no tendrán la encantadora espiritualidad de los de Murillo, mas la exuberancia de vida que gozan es conforme con el realismo que presta la naturaleza. Arte fuerte es éste, robusto, pletórico de energías. Ha-

ciendo el cuadro de caballete prueba Plasencia lo vario de su talento. Los titulados *La siesta* y *El mentidero* pueden servir de modelos. A las grandes manchas de color de la pintura decorativa, de carácter efectista por su propia condición, en que la inventiva y el calor del sentimiento substituyen en parte al natural, suceden en el otro género la exactitud en el dibujo y en la nota, minuciosidad en el detalle, delicadeza en la ejecución, verdadera filigrana de la pintura moderna. Ambos géneros, tan opuestos en sus procedimientos, eran tratados por Plasencia con igual maestría. Aunque no fué paisajista, amante de la Naturaleza buscó para fondos de muchos de sus cuadros los bellísimos paisajes asturianos y se ha inspirado para algunos de sus asuntos en los tipos y costumbres del país. Por invitación de su discípulo García San Pedro, fué á Asturias, donde pasó todo un verano, y tan prendado quedó de aquella rica naturaleza, que acompañado de Cecilio Plá, Campuzano y Polanco, volvió otras

temporadas. Era su ánimo haber fundado en Muros de Pravia, á orillas del mar, una colonia artística, especie de escuela superior de arte, que de haberse realizado hubiera sido de fecundos resultados para la pintura española. Pero faltó el alma de la idea y todo quedó en proyecto. Con la muerte de Plasencia perdió España uno de sus más grandes artistas, y sus discípulos un padre y un amigo verdadero. Fué Plasencia un honrado caballero, de afable y bondadoso trato, franco hasta la llaneza, y de tan excelente corazón que cuantos le conocieron lo amaron. No tuvo más familia que sus discípulos; su estudio era el hogar común. Allí se pintaba durante el día — habla Guillén — y terminada la sesión de la tarde se disponían los caballetes en fila y el maestro pasaba revista detenida á los trabajos, y con su característica franqueza corregía ó alababa. Después sólo quedaba el amigo que departía con los suyos y les daba otras lecciones no menos estimables que las de arte.

— No creais — decía — que yo he tenido siempre estudio suntuoso y he gozado de las comodidades que puede proporcionar el dinero; honradamente nada de esto puede improvisarse; al contrario, la subida es lenta y triste. En mi juventud, pobre como era, pasé mil penalidades. Luché cuanto pude, y así he logrado llegar donde hoy me veis. No digo esto para satisfacción de mi amor propio ó por orgullo, sino como caso práctico que presento para que, no desmayando en las desgracias, sepais que con el trabajo todo puede alcanzarse.

Repentinamente se levantaba y cortaba el discurso, diciendo á sus silenciosos oyentes:

— ¡Ea, *tropa*, vámonos á pasear!

Así denominaba siempre á sus discípulos. Y capitán y soldados se iban á recorrer las calles de Madrid con la fraternidad de alegres camaradas.

Plasencia, como príncipe del arte, tuvo siempre abiertos los salones de la aristocracia madrileña. Cierta día, una linaju-

da dama invitóle á comer, y aunque era fuerte el compromiso, lo eludió como pudo, cortesmente, y aquella noche, en vez de codearse en suntuosas estancias con altos personajes..... cenaba con su *tropa* en una modesta habitación de casa de Botín. Ese era Plasencia; compañero más que maestro, amigo cariñoso de sus discípulos.

Un detalle, para terminar. Ocurrió una vez que no fué el modelo de Plasencia al estudio. Tenía el maestro ganas de trabajar y echó mano del único recurso que le quedaba.

— A ver— dijo á sus discípulos — echad suertes, y al que le toque que me sirva de modelo; le haré el retrato.

Si hubieran esperado el premio mayor de una lotería no hubieran sentido todos más emoción. Cúpole la suerte á Guillén y empezó el maestro su trabajo. Al cabo de un rato llegó un visitante al estudio..... un amigo. Se colocó tras el maestro, y con la osadía que da la ignorancia empezó á decir:

—Oye, Casto, Guillén es más rubio, tiene los ojos azulados, y tú ahí.....

Molestóse sin duda el maestro de oír tanta impertinencia, y sin decir palabra, con la cuchilla de rascar rasgó la tela y en aquel punto terminó la sesión y el retrato. Todo ello fué una lección para el imprudente visitante y una pérdida inestimable para Guillén.

Hablando con Guillén, ya se sabe, la conversación ha de recaer sobre Plasencia. Guarda la memoria de su maestro como un culto del corazón, y á tal debo estas notas últimas, que me honro con estampar aquí como un recuerdo dedicado al que se hizo inmortal por sus obras.



Volviendo á Guillén..... El primer trabajo que hizo digno de mención fué el cuadro titulado *El náufrago*, obra pronunciadamente realista, escena tomada del natural. La obra figuró en la Exposición celebrada en Barcelona el año 90.

Hubo un crítico que á vuelta de celebrar-la mucho dijo que faltaba en la obra ambiente. Cuestión de criterio y de *vista*. Aun suprimiendo en el cuadro las figuras, quedaría una marina de primer orden. Es justa expresión de un día de levante en nuestras costas del Mediterráneo..... El cuadro fué regalado por su autor al Casino de Alicante. En el salón del café, del mismo, pintó Guillén los techos: seis lienzos de regulares proporciones con alegorías del thé, el café, los helados, la cocina y los vinos. Están bien pintados y no exentos de originalidad, cosa nada fácil de conseguir en asuntos tan vulgares. De todos ellos, la composición más bella es la del café. También es obra de Guillén el decorado del techo de la sala del teatro Principal, obra de colosales proporciones, de tonalidad brillante, y que por lo valiente de la ejecución recuerda la manera de hacer del maestro Plasencia.

El año 91 fué Guillén á Roma, y con muy recto juicio, todo el tiempo que permaneció en Italia, lo dedicó á estudiar

las bellezas que en arqueología y pintura encierra aquel país; bellezas que sólo pueden allí apreciarse por la calidad misma de obras de algunos grandes maestros del siglo de oro de la pintura.

A Rafael de Urbino, por ejemplo, no puede estudiársele en nuestro Museo del Prado. Hay un *Pasmo de Sicilia*, que si fuera posible que lo viera el gran artista, se quedaría *pasmado* de verdad, negando la paternidad de unas carnes de color de *terra-cotta* que hoy presentan las figuras, por obra y gracia de algún *hábil* restaurador.

De vuelta de Roma pintó Guillén *Il pescatore di perle*, que mereció, en la Exposición de Bellas Artes de Amigos del País (Alicante), medalla de plata.

En la Exposición Nacional de Madrid presentó el cuadro titulado *La última borrasca*, mereciendo medalla de tercera clase, y adquiriéndolo el Estado para el Museo Moderno.

En las exposiciones celebradas en Berlín, últimamente, expuso tres cuadros:

En el jardín, Un mendigo y En el claustro. Los tres fueron allí comprados, y esto dice mejor que nada la calidad de las obras.

Enumerar todas sus producciones sería trabajo inacabable; sólo apuntaré como notable una marina, *Puerto de Alicante*, lienzo de pequeñas dimensiones. Nota riquísima que unánimemente fué alabada por todos los críticos, y que hoy figura en la colección de un banquero bilbaíno.

Guillén es joven y ha pintado mucho, y no poco de ello bueno. El que por primera vez presenta una pintura de la calidad de la de *El náufrago*, bien puede asegurarse que le sobra arte y talento para llegar. Pintor demócrata puede llamársele en justicia, pues siente especial predilección por las escenas y tipos populares, sólo que de estas escenas, no toma las que tienen algo de alegría ó regocijo, sino las tristes, que interpreta con delicadísimo sentimiento. Esto constituye el modo especial de ser de este artista; y todo el que lo conoce sabe que no concuerda su natural vivo, animado y ex-

pansivo , con esas manifestaciones artísticas , más propias de un observador taciturno. Pero sea de ello lo que fuere , pinta gallardamente. Y como el trabajo es su lema y no se duerme sobre laureles conquistados , es de esperar que en la próxima Exposición Nacional se haga merecedor de una medalla..... que yo no deseo que sea *segunda*.



FRANCISCO PRUNIER

Es el más moderno de los discípulos de la Academia Casanova; tiene una nota de color fina, delicada, y esto, unido á un buen espíritu de observación, forma cualidades muy recomendables que, de seguir cultivándolas, harán de él un buen pintor. Algunas cabezas de estudio y cuadros de caballete, todos de buena ejecución, son sus trabajos al óleo; pero principalmente dedica los esfuerzos á dominar el dibujo y, en justicia, puede decirse que lo consigue.

En Academias como la de Casanova se aprende á conocer el buen camino que hay que seguir dentro del arte; pero llega un momento en que ni maestro ni acade-

mia pueden prestar nueva ayuda al discípulo. En la vida de éste se efectúa un cambio transcendental; piensa y obra por cuenta propia, y si acierta en lo que hace ya tiene la carrera concluída, y con ella nombre y fortuna. Prunier debe ser de los que aciertan, porque lo merece; sírvanle estas líneas de estímulo para continuar en sus laudables esfuerzos.



DIVAGACIONES

El ambiente que respira el artista, el aspecto de la naturaleza que le rodea, pueden ser fuentes de inspiración para el mismo. Todo país tiene algo propio y distintivo de los demás. Los usos, las costumbres, el color local hablan al alma. La dificultad estriba en comprender este lenguaje y darle forma. Las olas, rompiendo con furia contra las escarpas de la costa ó muriendo dulce y blandamente en la playa, producen armonías llenas de sentimiento. Los umbrosos bosques y las seculares selvas, entre cuyo follaje se quiebran los vientos, cantan la leyenda de los siglos. Wagner, el músico poeta, interpreta maravillosamente sus acentos. Artistas

noveladores, como los Goncourt, en muchas de sus obras saben revelar, en lo inmaterial de las cosas, ese algo que sólo pueden ver las almas elevadas. Muchos conocen las costumbres y tipos de los pueblos del Norte de España, pero sólo nuestro gran Pereda ha sabido interpretarlos en obras tan castizas en la forma como llenas de realismo artístico en el fondo.

En pintura ocurre lo propio. El fondo del arte siempre es el mismo, como dice Bigeón; pero según el estado de alma de la sociedad, así es el arte, como reflejo de ésta. En la época que nace el arte pictórico predomina el cristianismo, y las obras son esencialmente religiosas, dentro del símbolo y de la alegoría y con los defectos propios de todo arte que está en sus comienzos. Abandonan los artistas la pintura emblemática por la histórica, casi por mandato de la iglesia, que la da preferencia, con buen acuerdo, por ser la pintura más adecuada á los fueros de la naturaleza. El arte es cristiano é impera el mis-

ticismo en el espíritu y en la forma. Más adelante esta forma es realista, pero dentro de la fé. Cimabué, Masaccio, Giotto rompen las tradiciones bizantinas, estudian la perspectiva, composición, plegado de paños, etc.; ven el arte con independencia de la rutina de la época y forman el punto de partida de la pintura moderna. El Renacimiento y Roma la dan vigor y desarrollo con aquellos tres genios tan grandes y distintos entre sí, que se llamaron Leonardo de Vinci, Rafael y Miguel Angel. El dibujo, la línea y la forma están en todo su esplendor. La escuela veneciana, con Ticiano, Tintoreto y Veronés á la cabeza, dan un avance notable por la brillantez de su color y la magia que prestan á la luz combinando sombras y medias tintas. Después de éstos, el que presta influjo más decisivo al arte pictórico es Rubens, que, abarcando todos los géneros y mezclando en sus obras lo divino y lo humano, el cristianismo y el paganismo, lleva y extiende su influjo por todas partes.

Ya en esta época empieza á notarse lo que en las obras modernas es una verdad irrefutable, justamente apuntada por Brunetiére, que, á medida que se va perdiendo el sentimiento del dibujo y de la forma, el sentimiento del color adquiere más fuerza.

En España, los maestros Morales, Juanes, Murillo, Sánchez Coello, Zurbarán, etcétera, cultivaron casi exclusivamente el género religioso y algo el retrato. Aparte del espíritu dominante en la época se comprende que así sucediera por estar la riqueza vinculada en la Iglesia y la nobleza. Los nobles y el clero, tanto el *secular* como el *regular*, eran los únicos protectores de aquellos artistas insignes, tan parcos en el pedir como dadivosos en trabajar. Así se llenaron de obras maestras los conventos, las iglesias y los oratorios y capillas de la grandeza. Lástima es que por incuria é ignorancia muchas hayan ido á parar al extranjero, y no pocas estén á punto de desaparecer por no haber mano piadosa que las defienda del

polvo y de la humedad, sacándolas de oscuros camaranchones y de tétricos claustros.

Puede decirse que de nuestros pintores más notables de los siglos XVI y XVII sólo Velázquez pudo dedicarse con entera libertad al retrato y al género histórico, gracias á la decidida protección que le dispensó Felipe IV.



Al finalizar el siglo XIX el arte es cosmopolita, pero perjudica al gran arte la demasiada facilidad con que se obedece á la moda, que hasta en estas esferas domina, y el afán de llegar á la fortuna por medio de la notoriedad, conseguida casi siempre con la nota extravagante. Los prerafaelistas, con su tendencia atávica, pretenden resucitar una expresión del arte para oponerla como barrera ó dique que contenga el esfuerzo de la escuela *impresionista*. Ésta, á su vez, quiere, por afán de innovación, modificar en absoluto el

arte, creando uno nuevo. El inglés Bridgman los califica de socialistas del arte. Max Nordau, en su obra *Degeneración*, trata de explicar las exageraciones de color de los *impresionistas*, como motivadas por cierta predisposición en la vista para guardar la impresión de algunos colores. El resultado es que el *modernismo*, con toda esa serie de procedimientos extremos, cae no pocas veces dentro de un realismo amanerado, *simplista*.

Y si estas tendencias se limitaran justamente sin violencias y exageraciones, todas podrían tener cabida dentro del arte *serio*, como variedades de manifestación del mismo. No hace mucho, así lo ha expresado el ilustre Moreno Carbonero en su discurso de recepción en la Academia de San Fernando: « todos los sistemas tienen algo bueno cuando son manejados por hombres de talento y dejan en sus obras destellos del genio ». En España, afortunadamente, no ha entrado á nuestros artistas ese furor innovador. Garantía de seguridad para el arte pátrio son los nom-

bres de Pradilla, Sala, Villegas, Carbonero, Sorolla y algunos otros que, con gran talento, saben contenerse en justos límites y dar ejemplos á los artistas jóvenes, que pudieran extraviarse en el caos del *modernismo*.

Alguna tendencia iniciada por Rusiñol en Cataluña no debe tomarse en consideración, conociendo el genio de este artista que, seguro de sus facultades, parece que, á manera de pasatiempo, *merodea* por diferentes campos del arte para volver en cuanto quiere al suyo propio, el de la pintura verdad, arrancada del natural con mano de maestro. Hombre tan ilustrado y amante de lo bello que ha hecho de su casa de Sitges museo preciadísimo de cuanto produjeron las artes industriales en los pasados siglos, ni es, ni puede ser, un *extraviado*.



No hace muchos años, nuestros pintores padecían la manía del cuadro histó-

rico. Al parecer, con el gran lienzo y la historia se iba tras una medalla, y no pocas veces conseguíase. No había epopeya pátria, ni batalla, ni Monarca de otras épocas que se quedara sin ser cantado por el pincel con derroches de lienzo y color. Había que vencer las dificultades inherentes á este género, y de aquí las lamentables equivocaciones.

La verdad en la presentación del hecho, la elección del momento dramático, la indumentaria de la época, todo hay que tenerlo presente, además de saber pintar. Y aunque hay eruditos como Viardot, por ejemplo, que no consideran como muy importante la verdad en la indumentaria, no es razón ésta que disculpe el defecto, como no lo es tampoco el que faltaran á esa verdad algunos maestros de los siglos XVI y XVII.

Mejor sería que Veronés, por ejemplo, no hubiese vestido en una de sus obras toda la corte de Alejandro el Magno con ropajes venecianos del siglo XV y que el aristocrático y elegante Van-Dyk no hi-

ciera prender á Cristo en el Huerto de los Olivos por hombres de guerra del siglo XVI.

El pecado ajeno no debe servir de disculpa al propio.

Los pintores modernos tienen más facilidad de adquirir ilustración, debiéndose por completo á la verdad.

Hoy la pintura de historia va quedando en su justo medio, porque los artistas comprenden que con menos trabajo y menos gastos en otros géneros se puede ganar honra y provecho.



.....Resumen: el arte pictórico español es admirado en el mundo entero. Perdimos el imperio de la pluma, pero conservamos el dominio del pincel..... que es el dominio de nuestro sol, de nuestro cielo, de nuestro paisaje incomparable.



ÍNDICE

	<u>Páginas .</u>
PRÓLOGO.....	5
ADVERTENCIA.....	II
LORENZO CASANOVA.....	13
LORENZO PERICÁS.....	23
VICENTE BAÑULS.....	31
ADELARDO PARRILLA.....	47
JOSÉ LÓPEZ TOMÁS.....	63
HELIODORO GUILLÉN.....	69
FRANCISCO PRUNIER.....	85
DIVAGACIONES.....	87

